

CUENTOS

JAVIER VILLAFANE

LAS HUERFANAS

Juana contó su sueño:

— Soñaba que estaba en la cocina con mi madre y mi hermano. Yo iba a buscar agua a la pileta. Abrí la canilla: pero en vez de agua salían semillas.

Mi madre me dijo:

— Cerrá la canilla, Juana. Y andá a buscar el caballo blanco que se perdió en el monte. Se esconde detrás de los árboles, pero siempre vuelve.

Yo salí a buscar el caballo blanco. Detrás de un árbol salió un caballo moro y me dijo:

— Yo no soy.

Llegué a otro árbol. Salió un caballo zaino y me dijo:

— Yo no soy.

Entonces me puse a gritar. Y todos los árboles me rodearon. Me dijeron:

— ¿Por qué no sos árbol?

Quería salir y todos los caminos me rodearon. Me dijeron:

— ¿Por qué no sos camino?

Seguí buscando al caballo blanco detrás de los árboles, en los caminos. No lo encontré, y volví a mi casa. Entré en la cocina y le dije a mi madre:

— No lo encontré.

Y el caballo blanco estaba al lado de mi madre. Tenía un cuchillo en la mano.

Y el caballo le dijo a mi madre:

— Señora, su hija tiene que morir. No me encontró en el monte y yo debo matarla. La esperé. Estaba detrás de todos los árboles esperándola. Tenía sed. Fui a esperarla en los caminos. Los caminos me seguían, y no llegó. El caballo me miró con unos ojos enormes y me preguntó: —¿Por qué no me llevaste un balde lleno de agua? Tenía sed. Yo te hubiera encontrado.

Mi hermano tomó un balde. Lo puso en la pileta. Abrió la canilla. Salían semillas. El balde se llenó de semillas y se lo dio al caballo.

Y el caballo dijo:

— Tengo sed. Quiero agua.

Se paró en dos patas y cuando iba a clavarme el cuchillo, escuché:

— ¡Juana! ¡Juana! ¡Has muerto!

Era mi compañera de la cama de al lado que soñaba.

— Juana — me dijo —, soñaba que mi padre y mi madre jugaban a los naipes. Yo tenía un peine y los peinaba. Y entre los dientes del peine quedó un cabello negro, rizado. Y mi padre me dijo: “¿Por qué me arrancaste mi único cabello? ¿Qué voy a hacer ahora sin ese pelo largo que me peinaba todas las mañanas? Me pondré las trenzas de tu madre. Le cortaré las trenzas con la tijera”. Mi padre buscaba la tijera y quemaba los naipes en el brasero. Y mi madre corría agarrándose las trenzas y gritaba: “¡Está borracho! Está borracho!” Y yo buscaba el pelo negro, rizado. Un perro me seguía; quería quitarme el peine. Mi padre se miraba en un espejo. Entonces vos abriste la puerta. El perro dio un salto y te clavó los dientes en el cuello. Y yo grité: “¡Juana! ¡Juana! ¡Has muerto!”.

Sonaron las campanas en el asilo. Las huérfanas se levantaron. Formaron fila. Fueron a la iglesia y una monja les dijo:

— Recemos por la paz del Señor.

LAS ARMAS LAS CARGA EL DIABLO

En una juguetería había comprado un revólver para el hijo. Llegó a la oficina y guardó el juguete en un cajón del escritorio. El jefe lo llamó a su despacho. Le entregó un expediente y le dijo:

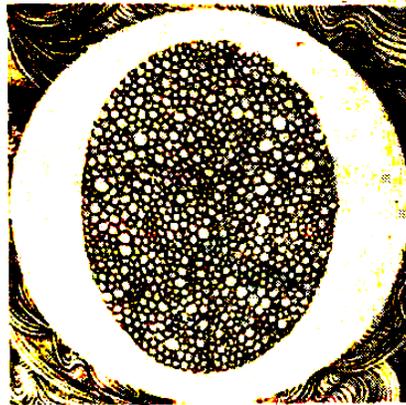
— Ha vuelto a equivocarse. Corrija su informe.

Desde que se hizo cargo de su puesto —hacía más de diez años— cada vez que el jefe lo llamaba a su despacho, era para hacerle una observación, para presentarle una queja. Esta tarde, a la hora de salida, cuando entró en el despacho del jefe para entregarle el expediente con el informe corregido, puso sobre el escritorio la caja con el revólver que le llevaba de regalo al hijo.

De la caja salió un disparo. El jefe se llevó las manos al pecho. La bala le había atravesado el corazón.

EL PINTOR

Era un pintor que pintaba unos bichos muy raros. Una noche el pintor se sentó en un sillón y se quedó dormido. Los bichos salieron de los cuadros y se comieron al pintor.



LATA NUMERO UNO

BAICA DAVALOS

Más o menos todos tenemos conciencia de la ridiculez insoponible que son los vestidos. Hoy al menos hay una cierta tendencia a burlarse de semejante tortura a la que poco a poco desde hace treinta siglos el ser humano se ha venido sometiendo voluntariamente. No conozco la historia de esta manía pero imagino que comenzó con esas vestimentas romanas y griegas, en que la gente aparecía siempre como saliendo del baño envuelta en toallas o sábanas blancas. De aquella cosa que al menos tendría la ventaja de dejar

entrar aire por todas partes del cuerpo, se pasó a tantas fantasías, que la sola idea de pensar que uno hubiera podido vivir en aquellas épocas estremece. Lo mejor de todo fue el desnudo con algunas pinturas encima y pequeños taparrabos más prácticos que púdicos pues el pudor es un descubrimiento de la gente que anda vestida; aunque yo no quiera decir con esto que me gustaría habitar una colonia de nudistas esa farsa de hombres primitivos blancos lechosos, llenos de vergüenza mal disimulada, porque saben que son feos, que no son como los negros o cobrizos que andan desnudos porque sí y porque para esos tienen la piel que los cubres y son, (como decía un nativo de por ahí a quien le preguntaban si no le hacía frío andar así desnudo con este tiempo y él preguntaba si a uno le hacía frío en la cara y como la respuesta era no, él contestaba: “—y bueno: cuerpo mío, todo cara”— así que mejor no simulemos. Mucho se ha hablado ya del cortejamiento de los animales, los bailes de las abejas etc., para que uno pueda resguardarse psicológicamente detrás de tales ignominias. Somos coquetos y vanidosos como los pavos reales. Muy llenos de parada por delante y cuando nos volvemos, bien; todo el mundo sabe lo que enseñamos desnudo para estar aquí repitiéndolo.

No es ese el caso. El caso es que soy un tipo fundamentalmente tímido. Aunque hago mal en usar ese término porque fundamentalmente no soy nada fundamental. Soy ese tipo de hombres que corre a las mujeres frívolas que suelen ser —se me ocurre pues a causa de mi timidez nunca he tratado con una— las más divertidas y despierta la compasión y la ternura latente en toda mujer profundamente humana, seria, esa mujer que es nuestra madre, nuestra hermana, compañera salida de nuestra costilla (aunque tal vez la señora del mito no haya sido muy de este tipo si nó no se hubiera prestado al pecado para ser arrojada del paraíso comprobando lo cual concluiríamos en que toda la humanidad descende de una tipa que, si no hacía el oficio, era porque no había todavía calles en esa época y por lo tanto aceras y por lo tanto hombres que se pasearan por esas calles en sus carruajes para levantar una que otra de las buenas señoras que caminan por las aceras etc.) nuestra hija tal vez. En suma, en este punto mi timidez me condena a vivir en un ámbito perfectamente purificado por la presencia femenina familiar, eterno envidioso de ese otro tipo de hombres y mujeres —ese otro digo porque no existen sino dos, exactamente dos— que pueblan ambientes retorcidos, llenos de insinuación y provocación, mensajes secretos, llamados en cifra o código, perfumes y pañuelos que caen y se ocultan en escotes o braguetas, sitios ensombrecidos de una manera particular o iluminados por destellos, chisporrotear de cirios que sueltan aromas agobiantes, algo que excita y da sin embargo una

vaga náusea, lugares bastante parecidos a eso que uno imagina que debe ser el infierno. Total que, por error de apreciación, se me considera en general un hombre honesto y de buena conducta sin calcular que como la santidad de los idiotas mis costumbres nada deben a la ética y todo a una tara o falta. Es decir que si, por ejemplo, tengo que presentarme a ver a un funcionario del estado para inscribirme en una lista de postulantes para un ínfimo cargo, en la más ínfima circunscripción de la más ínfima provincia del estado, esto sin considerar que a su vez este estado es también el más ínfimo entre los estados y por supuesto sin tener en cuenta asimismo que el continente en el que se halla este estado como último de una serie de estados es el más ínfimo entre los continentes, sufro la más desastrosa situación. Por lo pronto (como decía) el traje que llevo es tan ridículo que al mirarme por casualidad en el espejo del ascensor me siento abrasado de odio hacia mi persona. ¿Cómo —imagino— puede uno tenerse el más mínimo respeto cuando viste de esta manera (o de cualquier otra?) Enfurecido y deprimido, descubro en este instante que el saco que llevo puesto tiene unas hombreras inmensas, las solapas muy chicas, la pechera abultada se abomba hacia adelante a causa de un botón mal colocado, el botón siguiente está por caerse, cuelga melancólico de su hilo como un coleóptero ahorcado y el cuello se me echa hacia atrás produciéndome una giba monstruosa que estoy lejos de tener al desnudo. Luego, mi reluciente calva rodeada de la enormidad de pelos que coronan mis sienes y mi occipucio, es un nevado que aparece entre la jungla, sin decir nada de los anteojos que me van largos y se caen sobre la nariz, lo que me ha hecho adquirir un tic de defensa que consiste en la siguiente operación: con el dedo índice de mi mano derecha que llevo a la cara, levanto mis anteojos empujándolos por el arco central; regreso ese dedo que paso como una espada a través de la base de mi nariz, oliéndolo a la vez que emito una especie de resoplido que termina en un carraspeo, maniobras humanas éstas que realizo simultáneamente con ambas manos pues, mientras maniobro así con mi mano derecha, la izquierda se eleva hacia mi coronilla y un poco más abajo de la cumbre pesca la raíz de un mechón de pelo que suelo peinar de izquierda a derecha rodeándome la calva; lo atrae hacia la frente, lo estira voluptuosamente acariciándolo como si se tratara de una verdadera mata de hermosa cabellera (cosa que yo sé que significa la nostalgia por mi pérdida bella cabellera rubia de la niñez) lleva su extremo hacia mi boca en donde los dientes muerden esa punta y mis labios succionan con placer la pelambre que, en un segundo movimiento del tic, es nuevamente puesta en su sitio; y todo esto debe hacerse sincronizar con otra serie de movimientos de mis codos, antebrazos, rodillas, pies. Si

estoy sentado, poner a funcionar mi tic me resulta bastante incómodo al completar esta fase de la operación. Encojo una pierna y estiro la otra. Mis coyunturas crujen. Mi pié derecho debe inclinarse totalmente hacia la izquierda y el otro viceversa, de modo que ambas puntas se golpeen. Esto debe ser realizado con energía y acompañado al movimiento de las manos y del codo derecho que, al bajar el brazo de la posición angular en que llevé mi dedo índice a la nariz, vuelve y golpea el flanco a la altura del hígado en forma rotunda, neta; un golpe que sea verdaderamente bajo, algo así como el que un boxeador profesional filipino le propinaría en un descuido del árbitro a su contrincante centroamericano, ante un jurado de ingenuos escoceses, por el cinturón dorado mundial. Si estoy de pie cualquiera comprenderá que la maniobra se vuelve más difícil amenazando seriamente mi equilibrio.

Decir que este tic me asalta justamente en los momentos en que estoy más incómodo, es decir poco. Para manifestarse no escoge otros momentos que esos. O bien no sabría decir si el tic se produce por las situaciones o ellas a causa del tic. Tengo además otros tics menos complicados, consistentes en estirar el cuello como una caballo que quiere quitarse el rigor del freno y meter un dedo en la juntura de la camisa bajándola, algo que seguramente se origina en mi eterno temor a ser ahorcado. También suelo hacer un movimiento con los hombros como el que haría para emprender vuelo si tuviera un buen par de alas, cosa que me explico porque se me ha dicho varias veces que mi aspecto general es el de una zancuda o ave de presa. Así pues, bastaría con que comience a realizar cualquiera de estas maniobras delante del susodicho funcionario, para que me diera por perdido si, además de esto, no influirán mi ánimo los otros, las otras gentes. Tipos como este mismo funcionario al que me enfrento, cuya cara basta para destruir la moral de cualquier postulante. Es obvio que si eligieran para estos cargos a tipos como James Dean, se verían tan agobiados de pedidos de entrevistas que acabarían con cualquier cantidad de secretarios y secretarías, ujieres, porteros, guardias, etc. La cara de este hombre en cambio, rechaza de tal modo cualquier idea de simpatía o intimidad, que apenas si ha logrado reunir a un pequeño grupo de postulantes a su alrededor. Sin embargo hay una condición de mi carácter que me hace pretender una identidad con él, buscar una corriente de simpatía, no sé qué vínculo, una grieta en su marmórea personalidad por la cual yo pueda infiltrarme y ser él para así poderme conceder a mí mismo, desdoblado de postulante, el cargo que pido, pues aquí entra en función mi mimetismo. Soy un ser mimético. Eso que la gente que encuentra palabras apropiadas para todo llama gregario.

Mi elemento es el montón. Ahí —uno más entre cientos o miles— me satisface comprobar con cuanto ser anónimo comparto la vida de este valle de lágrimas. Mi sueño predilecto es el de la resurrección de los muertos. Entonces —en medio de esa gigantesca multitud de gente que compondría la suma de todo ser humano que haya vivido en este mundo desde que en él apareciera, el hombre— levantados todos de la tierra para ser sometidos a juicio ¿habrá quién se atreva a individualizarse?

Este afán de pasar desapercibido me impulsa a tomar de inmediato sobre mis espaldas la responsabilidad de ser exactamente la misma persona que es en ese instante mi interlocutor. Es decir que para explicarme mejor (como diría uno de esos tipos que ha leído mucha literatura existencialista) yo *asumo* a mi personaje. No soy en ningún modo un actor ante un libreto: soy Dios con la costilla de Adán en la mano. Debo copiar como un molde todos los gestos, tics, ademanes, entonación e inflexión de la voz, interjecciones etc. En una palabra: soy ese hombre insustituible que el alto mando elige para reemplazar al primer ministro el día que le van a poner una bomba en el automóvil. Soy un sosías que se fabrica espontáneamente a cada modelo que se le ponga por delante. De este modo se me ha visto atusándome bigotes que no tengo, cojeando con una pierna absolutamente sana e indemne, ahuecando una voz telefónica de importante ejecutivo, para sustituir mi anónima voz de timbre infeliz y débil.

Así es como yo no soy casi nunca yo, Siempre soy los otros y, en cada instante del proceso por el que atraviesa mi mimetismo, suelo ser varios otros a la vez, pero yo, ¡eso nunca! Heme pués aquí, atacado de mi tic más complicado, frente a un tipo sentado en su silla autoritaria, escritorio de por medio, representando la postura y la tortura de Edipo frente a la esfinge, haciendo esfuerzos descomunales para encontrar la fisura por la cual colarme en mi interlocutor que me parece la pared norte del Fitz Roy, dos mil metros planos de roca viva a treinta grados bajo cero de temperatura, viento de ciento cincuenta kilómetros, humedad insoportable y amenaza de tormenta, ¡a escalar a mano, sin guantes! Por lo pronto nuestra diferencia de altura. Le llevo casi cincuenta centímetros. De modo que aún sentados, soy yo el que domina la parte alta de la habitación y él es el inspector de suelo y zapatos. Me encogeré cuanto pueda hundiéndome en la silla para ponerme lo más cerca de su estatura esmirriada. Observándolo descubriré que él también es víctima de un tic que yo inmediatamente trataré de imitar, retorciéndome la punta izquierda de un bigote que no tengo y sacando la punta de la lengua que asoma entre los labios, los recorre y se queda clavada en ese extremo lamiendo

la punta del bigote. Enseguida de esto noto que, mientras habla o escucha, es común que se rasque la espalda y el trasero, esto último haciendo un movimiento en la silla propio de los perros atacados de lombrices, restregando su *anus* contra la grama dura de los parques y lo primero usando del espaldar de la silla en que está sentado. Lo imito mientras pienso si no tendrá él también lombrices y pulgas y entonces observo que tiene un asombroso parecido con un pomerania. Es un caso insuperable. Jamás podremos llegar a ninguna clase de acuerdo. Soy un galgo o un sabueso. Un perro grande. No tolero a los falderos y no soy tolerado por ellos. Me levanto y la entrevista queda terminada. He arruinado una oportunidad más. ¿Por qué causa?

Supongo que se debe a que sea tan nervioso, aunque creo que nadie es más nervioso que nadie. Hay nervios, ellos trabajan de una u otra manera. Eso es todo. Para certificarlo basta ojear el album de figuritas que coleccionan mis hijos para sacarse una bicicleta, cosa que por supuesto jamás harán, pues este cuento de las rifas comerciales —todo el mundo lo sabe— es una reverenda estafa. Lo saben en primer lugar quienes planean el concurso, quienes venden el jabón, el chocolate o los cigarrillos que traen en su envoltura la figurita que se debe coleccionar. En segundo lugar lo saben los distribuidores de los productos que colocan una serie de A a G en el oeste de la ciudad, una de H a L en el este, una de M a Q en el norte y una de R a Z en el sur y a menos que el mismo día que se lanzó la competencia uno recorra desesperado todos los abastos de los cuatro puntos cardinales de la ciudad comprándose cantidades de cigarrillos, jabones y chocolates que no se podrían consumir en toda una vida de vicio, limpieza y glotonería, no se lograría completar un solo album, y aunque se haga esto y uno quede pulcro, intoxicado y con diez kilos más de peso y taquicardia, diabetes y asma, nunca se sacaría nada pues —ya se sabe, insisto, se sabe hasta el hartazgo y sólo los tarados de la cabeza que planean la campaña publicitaria destinada a vender los albums y con ellos los productos de sus clientes —que si no fueran de pésima calidad no necesitarían de tales recursos— digo sólo ellos lo creen o se hacen los que creen. Pero qué! ni siquiera ellos lo creen ni se lo hacen creer a sus clientes los fabricantes de jabones, chocolates y cigarrillos y tampoco la mujer del publicista autor del desagraviado cuando en la cama a medianoche el tipo que es —él sí— sumamente nervioso, da un salto, enciende la luz de la mesita y zamarrea a su mujer por un hombro gritándole enloquecido que ha tenido una idea brillante “¡fantástica!” dice —¡fantástica!: escuchá, vieja, se trata de...”—; y cuando esta desdichada criatura que ha estado soñando que la besaba Steve MacQueen, semidormida, (en

otro mundo hermoso lleno de jinetes de motocicletas con mucho ruido y chaquetas de cuero negro brillante con signos svasticos en níquel que cruzan por parques con rosas y jazmineros entre senderitos que se pierden bajo el follaje de los robles entre la verde grama y las florecillas agitadas por la brisa del panavisión movietones) despierta y escucha. Bueno: sí. Ella, tal vez, dado su lastimoso estado de espíritu y ese choque brusco con la realidad lo crea; y tal vez al despertar no del todo siga creyendo o lo simule para no contrariar a nadie y que no se desvanezca la película: que sí, que esa rifa sale bien como nó, que sólo se tirarán 800 millones de números, que los premios serán una enorme compensación para cualquiera que haya gastado apenas la mitad de sus ahorros de todo el año para dar a sus niños la satisfacción de que, como todos sus compañeros de la escuela particular adonde van en autobús, no se sientan frustrados o deprimidos y adquieran complejos peligrosísimos, que vaya a saber Dios en que paran (casándose quizás por sentimientos de culpa con la pobre tía Inés que es artrítica y virgen, le lleva al muchacho veinte años y ha dilapidado francamente toda, toda la fortuna que le correspondió en la herencia del pobre abuelo en médicos, clínicas, tratamientos y remedios usted sabe, para terminar en este estado la pobre sentada en la silla de ruedas que con lo último que había se encargó de Norteamérica). Total: podrá hacer como cree que sabe. Pero no sabe. Porque de la difícil —el escorpión— que pertenece a la serie *Nuestros Amigos los Animalitos*, se han impreso sólo tres: una se expidió con un pedido al occidente del país; la segunda, igualmente al sur; la tercera, la lleva siempre en su cartera el gerente general de la compañía que fabrica el producto. Por eso no se puede hablar de nervios. Ahí, en ese album está en colores reproducido todo el sistema nervioso del hombre humano. Nadie tiene ni un dendrita más que otro. Al menos yo las tengo todas. Como verán, en estado deplorable.

